Panorámica del Tiempo Vencido

La poesía sigue gozando en nuestro país de una estimable capacidad creativa. Reediciones de clásicos contemporáneos comparten actualidad con libros de autores jóvenes y nuevas obras de los ya consagrados.

CARLOS ORTEGA

El panorama en los estantes líricos es este: en el *Cuaderno de Nueva York* (Hiperión), José Hierro dedica a Dionisio Cañas el poema más desgarrado de este último libro suyo, una composición áspera y agridulce, mitad plegaria, mitad reproche, que no está lejos del tono general del conjunto (en el fondo, una cavilación en mil flecos sobre el tiempo, sobre la nada que transcurre entre dos presentes, uno pleno y cargado de expectativas, y otro degradado, y sobre la muerte que viaja en esa nada). Nueva York representa el perpetuo presente con su terso y reluciente apogeo.

Sin embargo, Nueva York es, en el libro más reciente de Dionisio Cañas, *El gran criminal* (Ave del Paraíso), un lienzo que sofoca al poeta y que con cada respiración le pone al margen de la ley por el único delito de amar de más. En una prosa tatuada con ritmos imparisílabos, Cañas, profesor en la universidad de aquella ciudad, ofrece la cara americana provocadora de un ansia que va tragándose la nada de fetiches y prestigios. La suya es una voz que se prodiga poco, por lo que es tanto más festejable este texto duro, con ecos de los hijos del limo, de Lautréamont, de Rimbaud, de los poetas de la generación *beat*.

También el exceso es el asunto de *Celebración del libertino* (Visor), de Luis Antonio de Villena. Tema previsible desde su *Hymnica* (1979), aquí adopta la forma casi de apólogo de una moral inversa, aspirando a una densidad culturalista que busca exaltar la hermosura del mundo en la carne de la belleza masculina.

Quien de verdad tiene una escritura concentrada por acumulación de imágenes es Eduardo Moga. Este barcelonés que ganó en 1995 el Premio Adonáis publica ahora *El barro en la mirada* (DVD), cinco largos cantos en el filo del sentido que giran como oleadas íntimas e indecibles del espíritu en vertiginosos endecasílabos.

Según lo trata Manuel Padorno en *Para mayor gloria* (Pre-Textos), el endecasílabo impone su lógica, no sólo musical, sino de sentido, como en los clásicos, haciendo que todo lo que antes sentía y pensaba por separado tenga ahora un pensamiento común. El veterano poeta canario ha escrito un libro de brillo soberbio, que posee la mejor aritmética de la música y el fondo de una experiencia intensa de retiro y absorción plácida en el paisaje.

José Luis Puerto ganó el último Premio Gil de Biedma con *Señales* (Visor), una apología sentidísima del retiro, un canto ascético a la renuncia, que convierte en lirismo el desarraigo amargo y duradero mediante un pequeño movimiento de nostálgica alegría. Libro notable, como notable y original es *El fugitivo* (Pre-Textos), de Jesús Aguado, no tal vez en las formas (recurre incluso al tradicional soneto), pero sí en la imaginería; no tanto en los contenidos (el tiempo que va descosiendo la vida), cuanto en la manera metafísica y algo oriental de transmitirlos con pocos elementos, cómicos algunos.

Casi igual de delgada es la palabra de José Carlos Cataño en *A las islas vacías* (Ave del Paraíso), decantación de un paisaje de silencio y ausencia con que trata de comprender el tumulto de la cabeza, la arbitrariedad de nuestros sentidos, la perplejidad del cuerpo.

Vicente Aleixandre.

Dionisio Cañas.

José Carlos Cataño.

Manuel Padorno.

Jorge Riechman.

Luis García Montero.

Y muy distinto el Premio Hiperión de este año, *Travesía del olvido*, de Laura Campmany, obra circular de desamor, escrita con un despampanante ingenio clásico que logra sacar a la autora de algunos atolladeros a los que la conduce un terco realismo.

Completamente viernes (Tusquets), del granadino Luis García Montero, es un libro de baladas bonitas, cargadas de efusiones, ecléctico en los recursos, con soluciones muy efectistas, salvo algún exabrupto. No los hay en *El apetito* (Pre-Textos), de Luis Muñoz, cuyo leve simbolismo le hace más sobrio, antes de dejarse ganar por la abulia también baudelaireana, también temática. La poesía debería desviarnos hacia una dimensión nueva de los sentimientos. A veces la encontramos en poemas como los del *Viaje de invierno* (Calima) de Juan Barja, coloquio de sombras disciplinado por un ritmo fuerte en sonetos filosóficos, en metáforas de difumino.

Un coloquio establece Alejandro Céspedes entre el niño que fue y su actual extrañamiento en *Hay un ciego bailando en el andén* (Hiperión), ardid que mantiene con gran verosimilitud y energía, saliendo de sí mismo para ver su verdad. Hay quien, como Almudena Guzmán, para encontrarse escribe con solvencia sobre las hojas del *Calendario* (Hiperión), obra que presenta un buen puñado de aciertos poéticos sobre la salud y el infortunio de los días.

Pero tal vez el libro más novedoso de la temporada es *El día que dejé de leer EL PAÍS* (Hiperión), con el que Jorge Riechman ha ganado el Premio Jaén y que continúa su particular vía poética de intervención e insumisión. De un prosaísmo abierto (algunos poemas son extractos de textos de este periódico), su lirismo va por dentro, en su posición moral y política, en su humor difícil.

Además de todo esto, Alianza Editorial celebra el centenario de Vicente Aleixandre con una reedición de los *Poemas de la consumación*. En Igitur se publicó a comienzos de año una nueva edición corregida de *Horizonte desde la rada*, el título más significativo de Antonio Martínez Sarrión. Visor edita también *La vida ese paréntesis*, de Mario Benedetti, una colección de textos en prosa (pocos) y poemas (muchos) tan pegadizos y populares como de costumbre. La colección El Bardo inaugura una nueva etapa, la cuarta, con dos títulos: *Lógica sentimental*, de Ferrán Fernández, y *Distritos postales para ausentes*, de Alberto Tugues. Y con el *Diario de Argónida* (Tusquets), donde consigna los momentos preciosos del tiempo vencido, comparece José Manuel Caballero Bonald después de más de una década de letargo poético.

Se comprenderá que no es fácil hacer sistema de una producción así, ordenar lo que no quiere ser ordenado.

Émile Zola.

Zola, Ehrenburg, Bayo y otros clásicos de la prensa

La editorial Alba ha emprendido una aventura que le lleva a navegar por algunos textos clásicos de la prensa. El primero es *Yo acuso*, de Émile Zola. Gran novelista y periodista, Zola (París,1840-1902) escribió este libro sobre la insistencia de un gobierno en ocultar la verdad y sobre las manipulaciones de la prensa a través del "caso Dreyfus". Leído ahora, este texto cobra una trascendencia todavía más inquietante que la que tuvo en su época. Como obra maestra de propaganda y de un determinado tipo de periodismo se ha calificado *Corresponsal en España*, de Ylya Ehrenburg (1891-1967), uno de los mayores narradores en lengua rusa del siglo XX y maestro del periodismo moderno en la línea de Albert Londres, Ernest Hemingway o Norman Mailer. La ingenuidad y el maniqueísmo que deja traslucir esta obra se vuelven virtudes si analizamos el libro en el contexto de guerra civil en el que se escribió y que iba dirigido a un público soviético que entendía que la guerra de España era su propia guerra. Además del reporterismo bélico y de la propaganda, este libro es modelo de descripción del clima humano en graves confrontaciones.

El tercer título de la misma colección, *Estrictamente prohibido*, de Eliseo Bayo, incluye una serie de reportajes que fueron prohibidos por la censura oficial del régimen de Franco y otros cayeron víctimas de la censura interna que practicaban de forma obligada los directores de las publicaciones de aquel tiempo. Bayo (Caspe, Zaragoza 1939) ha sido un innovador del género periodístico llamado reportaje social o antropológico. / J. F. B.